

La vida humana participa de la vida de Dios

Por CARDENAL CARLO MARÍA MARTINI

Querido Umberto Eco:

Con toda razón recuerda usted, al principio de su carta, el objetivo de este coloquio epistolar. Se trata de establecer un terreno de discusión común entre laicos y católicos, afrontando también aquellos puntos en los que no hay consenso. Sobre todo, aquellos puntos de los que surgen incomprensiones profundas, que se traducen en conflictos en un plano político y social. Estoy de acuerdo, siempre que se tenga la valentía de desenmascarar antes que nada los

malentendidos que están en las raíces de la incomprensión. Resultará entonces mucho más fácil medirse con las verdaderas diferencias. Y ello con tanta más pasión y sinceridad, cuanto más afectado e implicado resulte uno por el tema en cuestión, dispuesto a "pagar en persona". Por ello aprecio mucho su primera aclaración sobre el tema de la Vida: el nacimiento de un niño es "algo maravilloso, un milagro natural que hay que aceptar".

A partir de esta evidencia debemos reconocer que el tema de la Vida (más adelante comentaré esta mayúscula que utiliza usted) constituye sin duda uno de los puntos críticos de conflicto, en especial en lo que se refiere a la legislación sobre la interrupción del embarazo. Pero aquí nos encontramos ya con la primera fuente de malentendidos. Una cosa, en efecto, es hablar de la vida humana y de su defensa desde el punto de vista ético, y otra es preguntarse por la manera concreta mediante la cual una legislación puede defender del mejor modo posible estos valores en una determinada situación civil y política. Otra fuente de malentendidos es lo que usted llama "la bandera de la Vida", que, "cuando ondea, no puede sino conmover todos los ánimos". Creo que estará usted de acuerdo conmigo en que las banderas resultan útiles para señalar grandes ideales de orden general, pero que no sirven para mucho a la hora de resolver cuestiones complejas en las que emergen conflictos de valores en el ámbito de los propios ideales. Lo que hace falta entonces es una reflexión atenta, detenida, sensible, paciente. Las fronteras son siempre terrenos falaces. Recuerdo que de pequeño, paseando por las montañas fronterizas del Valle de Aosta, me detenía a pensar en cuál sería realmente el punto exacto del límite entre las dos naciones. No comprendía cómo era humanamente determinable. Y sin embargo, las naciones existían, y bien diferenciadas.

La tercera fuente de malentendidos es, a mi entender, la confusión entre el uso extenso, "analógico" (como dirían los escolásticos, y los cito confiando en que usted, como me asegura, ha vuelto a leer algunas páginas de la *Summa* y del *Contra gentes*), del término "Vida" y el uso restringido y propio del término "vida humana". Por la primera acepción se entiende cualquier ser viviente en el cielo, sobre la tierra y bajo tierra, y en ocasiones incluso la "Madre tierra" misma con sus sobresaltos, su fecundidad, su respiración. El himno ambrosiano de la noche del jueves canta,



Cardenal Carlo María Martini

refiriéndose al primer capítulo del *Génesis*: "El cuarto día todo lo que vive/ sacaste, oh Dios, de las aguas primordiales:/ saltan los peces en el mar/ los pájaros se persiguen por el aire." Pero no es este concepto extenso de "Vida" el que está ahora en cuestión, por mucho que pueda haber aquí también diferencias culturales e incluso religiosas. El candente problema ético se refiere a la "vida humana".

Pero también sobre eso se hacen necesarias ciertas aclaraciones. Se piensa a veces, y así se escribe, que la vida humana es para los católicos el valor supremo. Semejante manera de expresarse resulta por lo menos imprecisa. No corresponde a los Evangelios, que dicen: "No temáis a quienes matan el cuerpo, pues no tienen poder para matar el alma" (Mateo, 10,28). La vida que representa el supremo valor para los Evangelios no es la vida física y ni siquiera la psicológica (para las que los Evangelios usan los términos griegos *bios* y *psyche*), sino la vida divina comunicada al hombre (para la que se usa el término *zoé*). Los tres términos se distinguen cuidadosamente en el Nuevo Testamento y los dos primeros quedan subordinados al tercero: "El que ama su vida (*psyche*) la pierde; el que odia su vida (*psyche*) en este mundo, la guardará para una vida eterna (*zoé*)" (Juan 12,25). Por ello, cuando decimos "Vida" con mayúscula, debemos entender antes que nada la suprema y concretísima Vida y Ser que es Dios mismo. Es ésta la vida que Jesús se atribuye a sí mismo ("Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", Juan, 14,6) y de la que todos los hombres y las mujeres son llamados a formar parte. El valor supremo en este mundo es el hombre viviente de la vida divina.

Por ahí se comprende el valor de la vida humana física en la concepción cristiana: es la vida de una persona llamada a participar en la vida de Dios mismo. Para un cristiano, el respeto de la vida humana desde su primera individuación no es un sentimiento genérico (usted habla de "disposición personal", de "persuasión intelectual"), sino el encuentro con una precisa responsabilidad: la de este ser viviente humano concreto, cuya dignidad no está al arbitrio únicamente de una valoración benévola mía o de un impulso humanitario, sino de una llamada divina. Es algo que no es sólo "yo" o "mío" o "dentro de mí", sino ante mí.

Pero, ¿cuándo se puede decir que me encuentro ante un ser viviente concreto al que puedo llamar humano, en el que se posa la benevolencia divina? Recuerda usted con toda razón que "todos consideramos ya como ser humano al recién nacido unido todavía al cordón umbilical". Pero, "¿hasta cuándo podemos retrotraernos?". ¿Dónde están los "confines"? Usted saca a colación oportunamente las sutiles reflexiones de Santo Tomás acerca de las distintas fases del desarrollo del ser viviente. No soy filósofo ni biólogo, y no quiero adentrarme en tales cuestiones. Pero todos sabemos que hoy se conoce mejor la dinámica del desarrollo humano y la claridad de su determinación genética a partir de un momento que, teóricamente al menos, puede ser precisado. A partir de la concepción nace, en efecto, un nuevo ser. Nuevo significa distinto de los dos elementos que, al unirse, le han formado. Dicho ser comienza un proceso de desarrollo que le llevará a convertirse en ese "niño, algo maravilloso, milagro natural que hay que aceptar". Es éste el ser del que se trata, desde el principio. Hay una continuidad en la identidad.

Por encima de discusiones científicas y filosóficas, el hecho es que algo que está abierto a un destino tan grande, el de ser llamado por su nombre por el mismo Dios, es digno desde el principio de un enorme respeto. No quisiera remitirme a un genérico "derecho a la Vida", que puede parecer frío e impersonal. Se trata de una responsabilidad concreta hacia quien es el referente de un enorme y personal amor, y por lo tanto, de responsabilidad hacia "alguien". En su condición de llamado y amado, este alguien tiene ya un rostro, es objeto de afecto y de atención. Cualquier violación de esta exigencia de afecto y de atención sólo puede ser vivida como conflicto, como profundo sufrimiento, como doloroso desgarramiento. Lo que estoy diciendo es que resulta necesario hacer todo lo posible para que tal conflicto no se verifique, para que este desgarramiento no se produzca. Son heridas que se cierran con mucha dificultad, tal vez no lo hagan jamás. Quien lleva las cicatrices es sobre todo la mujer, a quien en primer lugar y de manera fiduciaria se le confía lo más débil y más noble del mundo.

Si en esto consiste el problema ético y humano, el problema civil consecuente será ¿cómo ayudar a las personas y a la sociedad entera a evitar lo más posible tales desgarramientos?, ¿cómo apoyar a quien se encuentra en un aparente o real conflicto de deberes, para que no resulte aplastado?

Concluye usted diciendo: "definir qué es, y dónde empieza, la vida es una cuestión en la que *nos jugamos la vida*". Estoy de acuerdo, por lo menos acerca del "qué es", y ya he dado mi respuesta. El "dónde" puede seguir siendo misterioso, pero queda subordinado al valor del "qué es". Cuando algo es de sumo valor, merece el máximo respeto. Éste debe ser el punto de partida para cualquier casuística de casos límite, que resultará siempre ardua de afrontar pero que, partiendo de ahí, no podrá ser afrontada jamás con ligereza.

Nos queda, sin embargo, una pregunta; visto que he subrayado con insistencia que para el Nuevo Testamento no es la vida física la que cuenta, sino la vida que Dios nos comunica, ¿cómo puede haber diálogo sobre un punto tan preciso de doctrina "revelada"? Una respuesta se halla en muchas de sus propias afirmaciones, que revelan la angustia y la ansiedad que todos sentimos cuando nos hallamos frente al destino de una vida humana, en cualquier momento de su existencia. Existe una espléndida metáfora que expresa de manera laica lo que une, en lo más profundo, a católicos y a laicos: la metáfora del "rostro". Levinas ha hablado de ello en términos afligidos, como de una instancia irrefutable. Pero quisiera recordar unas palabras de Italo Mancini en uno de sus últimos libros, *Tornino i volti (El regreso de los rostros)*, casi un testamento: "Nuestro mundo, para vivirlo, amar, santificarnos, no nos viene dado por una neutra teoría del ser, no nos viene dado por los eventos de la historia o por los fenómenos de la Naturaleza; nos viene dado por la existencia de esos inauditos centros de alteridad que son los rostros, rostros para mirar, para respetar, para acariciar."

Junio de 1995